

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR  
«REYES CATOLICOS»  
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID  
NUMERO 1    NAVIDADES 1956



SUMARIO :

PAGINAS

Hacia, por José J. Salinas García . . . . .	3
El Hombre y la Historia, por A. Díe Blanco . . . . .	7
Sindicalismo y Universidad, por A. Gutiérrez Reñón . . . . .	15
Superación, por L. Carrión Díez . . . . .	17
Surrealismo: Cadáver Rosado, por Jaime G.-Bermejo . . . . .	21
Panorámica de la política mundial, por C. Campoy García . . . . .	25
La Vida Nacional, por C. Lorente Reina . . . . .	29
Diagonal, por A. Pastor Palencia . . . . .	33
Concierto, por M. Jular Santamaria . . . . .	37
Norman Mc. Laren, por J. Ortíz . . . . .	41

ANTOLOGIA:

S. Calderón, C. R. Rubiera, Benito Herreros, Pablo Montenegro y M. Jular S. . . . .	43
Vida del Colegio, por B. Herreros Fernández . . . . .	53
Carta desde Santander, por M. A. García Brera . . . . .	55

DIBUJAN: Blas Tello y Manuel Jular



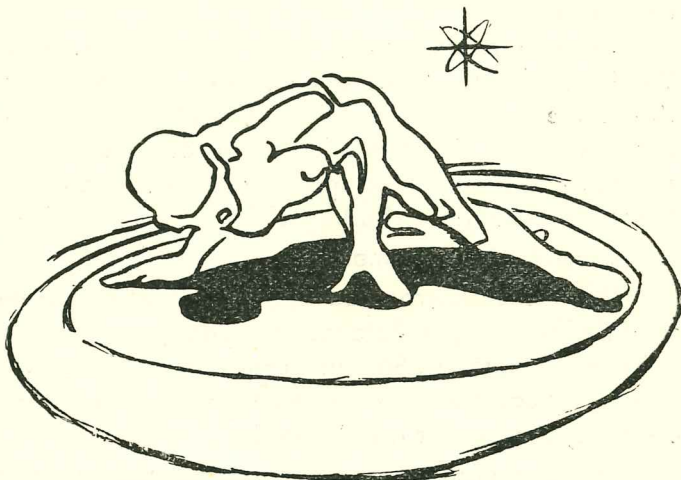
# CONCIERTO

¿Me perdonaréis?

Vengo a vosotros para hablaros de música, pero yo nada sé de técnica. Sólo —tan sólo— puedo contaros qué es para mí la música. Cómo quiero la música.

Seguramente habéis oído el concierto para piano de Rachmaninoff; de él quiero hablaros. No puedo apenas deciros el tono en que está escrito, ni los acordes de que se compone. Pero tal vez sí pueda deciros cómo, yo, lo siento.

Toda música me parece unas ansias, un deseo de vida, pero casi todos los conciertos tienen un problema de amor. Algunas veces de un amor abstracto, inmaterial. Otras, de un amor irracional al sentir. En Rachmaninoff he visto siempre al hombre que ama demasiado, que lo da todo. Es claro que no recibe nada.



Aunque es mejor que os cuente su concierto.

Un hombre vestido sencillamente de negro, abre, respetuoso, un largo piano en medio de una orquesta enorme...

Unas llamadas angustiosas, destempladas. Un sollozo. El piano nace en medio de un destino, y empieza a bailar el ritmo que le marca la orquesta. Ahogado por unas melodías magnéticas, arrulladoras, que lo intentan separar de su deber.

En el concierto el piano es el genio. La orquesta, la masa.

Nuestro incomprendido piano comienza a luchar. Y toda su creación es de total entrega. De una total y dolorosa entrega. Intentando siempre sacudirse el dominio de la orquesta. Sucediendo

una tras otra, melancolías que apaga la gente. Porque la masa no suele comprender la nostalgia.

Trágicamente —consciente de lo dramático de su destino— va planteando duda tras duda, sufrimiento tras sufrimiento, y sus lágrimas son tapadas por los gritos de la calle.

Pero se está palpando ya la fuga. Y en un acorde, vibrando de miedo, se va de la orquesta. Unos afirmativos compases, y se libera totalmente. Ya no depende de nadie el genio. El hombre ha encontrado toda su libertad. Sólo ante las estrellas, cara a la luz, y el alma envuelta en sueños.

Desde entonces él manda, y todos le obedecen.

Pero ¡Qué difícil es mandar! Porque el triunfador ha subido muy deprisa y ha sufrido poco aún. Debe vivir más, para más sufrir. Aún ha dado poco. Todavía no sabe lo que es dejar de ser, para ser otra persona.

Un adagio. Un camino cubierto de nieblas. Azules profundos. Y allí en el fondo, donde el hombre es, cae sobre el piano un rayo de luz que se va materializando. Cristalizando en rosas y ocre. Un rayo de luz que le calienta las manos con despertar de mujer. Un estremecimiento en el teclado, porque Ella —ése élla que hay en todas las nostalgias— ha llegado.

¿Amor?... No. El ama.

Deliciosos susurros. Suave, dulcemente va declamando la más total de las entregas. Porque, en verdad, cantando así, no pueden existir otras estrellas. Sólo una rosa encogerá sus labios, en un escalofrío, a cada suspiro del piano. Sólo una estrella pestañeará, nerviosa, para evitar las lágrimas...

Para que el piano siga hablando, más apasionadamente, buscando ansioso, desesperado, algo más que dar.

¿Pero qué más puede dar, si ya ha muerto y sólo estrellas hay en su teclado?

Tal vez amar de lejos. Sin pedir nada. Sin exigir entregas, ni besos. Y de golpe, dolorosamente huye. Sin mirar atrás. Perdiéndose en la sombra. Desesperado. Lloroso. Sediento de dicha. Para cantar a los vientos su imposible.

Tristezas, dulzuras. Una persecución por darse. Una mano que acaricia las teclas arrancándoles alma. Arrancándoles un sonido material, que atraviesa, que hace vibrar ese espíritu que anima la última nota de nuestras células.

Pero no hay paz, para el que ama.

Toda su prisión se inunda de clarísimas sombras. De nieblas que se resignan a huir. Y en ballet rojo, se envuelven con él y lo arrastran. Y le hieren, porque ¿Qué más se puede hacer por un hombre que destrozarse su corazón?

Luego, fuego.

Un amor hiriente —eternamente sufriendo— que se condena a desaparecer. Amar es dar, y dar es sufrir. Pero el sacrificio exige fuego. La pasión se encrespa entonces hasta la locura. Amor rabioso y toda una masa que se opone.

Pero ya no hay dudas, sólo un amor que no perdona. La orquesta intenta atar al piano. Unos acordes fortísimos lo ahogan. Unos últimos versos sobre esos acordes.

Con el hombre, loco de pasión, enfermo de negaciones de luz, juegan las gasas luminosas hasta que, agotado, con el corazón deshecho, cae a tierra. Negro.

Unos ojos implorantes se elevan al cielo.

Las estrellas se van apagando lentamente. La orquesta ha dejado un momento de reposo, y el hombre se levanta, en tensión, silencioso, pronto al salto. Una distracción de la masa y veloz como el relámpago potente como el rayo se fuga de la orquesta, que grita desesperada al escapársele al juguete.

Una estrella se desespera en rojo, mientras el piano de un salto se introduce en la noche.

Amor. Triunfo. Gloria.

Una carcajada.

...Porque la noche es de papel pintado.

MANUEL JULAR SANTAMARTA

